

GUY DE MAUPASSANT FUNCIONARIO EN LA MARINA

Guy de Maupassant no deja de estar de moda y pacientes críticos se han esforzado, desde hace treinta años, en estudiar las fuentes de su formación literaria. Los consejos técnicos de su maestro Flaubert y las informaciones que él aprendió, sin duda a sus espaldas, en los medios donde transcurrió su infancia y en aquellos en los que vivió su juventud, dejaron en su espíritu una inefable huella y contribuyeron íntimamente a inclinar su talento hacia la vía en la que recorrió una carrera triunfal.

Esas diversas influencias a menudo fueron apreciadas pero se olvida habitualmente su existencia como funcionario, de la que me ocuparé aquí apoyando mi documentación en papeles oficiales de los que muchos son inéditos.

Si Guy de Maupassant siempre ha reconocido su doble origen, medio lorenés y medio normando, tan bien como las directivas maternas, los siete años que pasó como redactor en el ministerio de la Marina, constituyeron en efecto el más fecundo de los noviciados. Allí aprendió a conocer a los hombres y a observar las cosas, a formar, en una palabra, su filosofía, lamentablemente atribulada y decepcionante.

Sin embargo, antes de entrar de lleno en el tema, es útil definir sus impresiones familiares y decir que preponderancia han ejercido sobre su genio tan especial.

§

Normando de nacimiento, fue por carácter, la tenacidad precavida y la astucia en el proceder, y conservó de sus antepasados loreneses la terquedad y el rencor vindicativo, sentimiento que se transforma en las almas fuertes en firmeza y patriotismo.

Su padre, Gustave de Maupassant, hijo de un lorenés inmigrado, se había criado prácticamente en Normandía donde, buscando fortuna, Louis de Maupassant vino a dirigir una explotación agrícola. Habiendo tenido éxito en esa industria y encontrando la tierra buena, éste había adquirido por su cuenta la tierra de la Neuville-Champ-d'Oisel, no lejos de Rouen. Sin duda no habría deseado que sus hijos imitasen sus gustos campestres, pero apasionado de deseos más ambiciones, pronto abandonó la agricultura para comprar parte de una sociedad de agentes de cambio cerca de la Bolsa de Paris, animado quizá en esta vía por su joven esposa que le encantaba gastar.

Se había casado el 9 de noviembre de 1846, a los veinticuatro años con la Srta. Laure Le Poittevin, que pertenecía a la burguesía local, y los primeros años de la vida en común parecían haber sido bastante apacibles.

El cargo de agente de bolsa impresiona a los profanos. Uno se imagina que los oficiales ministeriales de esta categoría atraen el oro a brazos llenos. Es cierto algunas veces, no siempre. Sin embargo, cualquiera que sea partícipe de alguno de esos cargos es considerado por la opinión general como un hombre rico.

Los esposos Maupassant no tenían necesidad de este estimulante para mantener su fachada, pero bien porque el cargo en el que marido estaba interesado fuese de calidad inferior o por que su parte en la sociedad fuese pequeña, bien porque los negocios no siempre fueran boyantes, el malestar reinaba a menudo en la casa.

¡No importa! Se gastaba sin contar, y durante el verano alquilaban el pequeño castillo de Miromesnil, a las puertas de Tour-ville-sur-Arques, a algunos kilómetros de Dieppe.

Fue allí donde nació, el 4 de agosto de 1850, el futuro novelista «Henri-René-Alfred-Guy», de «De Maupassant, Gustave-François-Albert, de veintiocho años de

edad, viviendo de sus rentas, y de Le Poittevin, Laure-Marie-Geneviève, de veintiocho año de edad.»

En 1856 llegó un segundo hijo, Hervé, nacido en Grainville-Tourville. Éste moriría en 1889, en Antibes, donde se dedicaba a la horticultura. A consecuencia de una insolación, la noche se había hecho en su cerebro, y, como su hermano acabó del mismo modo tres o cuatro años más tarde, se suscitó la pregunta de si la locura no se estaría transmitiendo hereditariamente.

Poco tiempo después del nacimiento de Hervé, la pareja se separó amistosamente a consecuencia de la incompatibilidad de caracteres. Ella se retiró a Étretat, conservando la custodia y educación de los niños, pero el esposo iba cada año a pasar las vacaciones con ellos en calidad de «invitado».

La Sra. de Maupassant es por tanto, por decirlo de algún modo, la única responsable del desarrollo intelectual y moral de su hijo, y recíprocamente éste le concederá una absoluta confianza, hasta el punto de ser ella la única a la que confiaba la corrección definitiva de las pruebas de impresión.

Ella era instruida, algunos dicen que un poco marisabidilla, pero en cualquier caso apreciaba en su justa medida sus lecturas y estaba muy orgullosa de los elogios prodigados a su primogénito, considerando que lo había amamantado literariamente.

El vicario de Étretat, el sacerdote Aubourg, enseñó a Guy los rudimentos del latín y el griego. En muchos lugares el vicario, y en las pequeñas parroquias el cura, se convertían en educadores de los principiantes. Para ellos era un suplemento económico adicional y para los padres poco afortunados una excelente ocasión de mitigar los gastos de la educación primaria.

Cuando consideró que ya estaba preparado, la Sra. de Maupassant internó a su hijo en el Seminario de Yvettot. Tenía trece años¹. Escolar fantasioso e indisciplinado, el joven Maupassant debería abandonar el pequeño seminario dos años más tarde y terminar sus estudios en el Instituto de Rouen.

¿Ya soñaba con la gloria literaria durante sus paseos por los acantilados y las pedregosas playas de Étretat? Su ánimo taciturno no lo dejaba adivinar. A lo sumo, un pedagogo avisado habría observado en el adolescente una profunda alma descontenta con el porvenir que le parecía reservado, y decidido a arriesgar mucho para franquear las barreras que lo separaban de los *illuminati* y amenazaban con mantenerle atrapados en el redil de los mortales ordinarios.

Alfred de Musset era su autor favorito, y es probable que ha menudo se haya repetido la imprecación:

*Oh mediocridad, aquel que, por todo bien,
Te arrastre a esta timba asquerosa de la vida,
Es un cobarde en el juego si no dice: ¡todo o nada!*

Se las ingeniaba ya para imitarlo, imaginándose, al ejemplo de muchos principiantes, que es más honorable escribir en verso que en prosa.

El discípulo observaba impecablemente las reglas de la prosodia en sus composiciones, y esta corrección ilusionó a sus escasos confidentes acerca de su verdadera vocación. El propio Flaubert, su protector, se equivocó y lo alentó a perfeccionarse en la poesía. Pero corrección no es sinónimo de inspiración, y generalmente se considera que Guy de Maupassant hizo bien en componer una única antología de versos.

¹ ¿No sería a consecuencia de una escena familiar como la que está descrita en *Garçon, un bock!...?*-

Fuesen cuales fuesen sus vagas aspiraciones en la soledad de Rouen y en la ociosidad con su familia en Étretat, sentía que el terruño provinciano no constituía un trampolín lo suficientemente elástico para quien entrevé las cumbres en sus sueños. Necesitaba un puesto fijo en París; pero París sin la fortuna de un hijo de familia, sin grandes relaciones y sin sustento, es peor que la estepa más ingrata de provincias. Los talentos más poderosos se atrofian y Lucien de Rubempré había recurrido al suicidio sin haber podido dar toda la medida de su merito.

No podía pues acceder a París sino con la certeza, o al menos la perspectiva, de una posición asegurada; en una palabra, debía adoptar una «carrera», y su marde lo presionaba a ello cada día, horrorizada por un porvenir que no dejaba entrever otra cosa que la nada.

Pero, ¿qué carrera? Un bachiller, sin más, que no tiene ninguna preferencia, tal vez porque, como le dijo Rolla, un trabajo cualquiera,

*... un oficio de criado
Producía en sus labios una risa inextinguible,*

Un tal bachiller, digo, tiene pocas oportunidades de ver abrírsele las puertas y, con su primer sueldo, las puertas de la riqueza y la notoriedad.

Se le ofrecía una posibilidad. Hasta esos últimos cuarenta años, no se entraba en los diversos ministerios por oposición y, en la Marina especialmente, el favor y la recomendación dictaban la elección de los empleados. Este sistema tenía de bueno que en la institución se mantenían las tradiciones y el espíritu familiar, lo que por otra parte engendra cohesión y fuerza. Además, una estadía obligatoria de dos años, sin cargo, permitía eliminar a los candidatos poco afortunados, garantía de futuro para lo que no se dejasen tentar por los emolumentos más grandes de la industria; de este modo se aseguraba la continuidad de los servicios.

Por útil que en 1872 pudiese parecer este vestigio del antiguo régimen, apresurémonos a añadir que hoy en día sería difícil, sino imposible, considerarlo razonablemente.

En cualquier caso, es en este momento cuando interviene el Sr. Gustave de Maupassant, con una abnegación realmente paternal que lo redime de todos los reproches de padre indiferente, incluso de desnaturalizado, que le han sido dirigidos a la ligera, y de los que su hijo nunca le defendió lo suficiente.

He de recordar que el desacuerdo pronto se había deslizado entre la pareja del agente de cambio y que la custodia de los hijos fuese concedida a la Sra. de Maupassant.

Su marido observa melancólicamente los resultados de esta combinación en una carta:

Separado de la Sra. de Maupassant desde hace 30 años por un simple juez de paz, y mi pobre Guy habiendo estado siempre influenciado por su madre y mostrándose muy poco cariñoso conmigo, me he mantenido en una extrema reserva en lo concerniente a sus negocios²

La nota es evidentemente triste, pero no transmite rencor.

§

² Gustave de Maupassant a M. Jacob, hombre de negocios, el 29 de marzo de 1892 (Cf. Albert Lumbroso: *Souvenirs sur Maupassant* (1905).

Había tan pocas oportunidades que hizo activas gestiones preliminares en el ministerio de la Marina, para forzar en su favor esa puerta que se abría entonces con más dificultades que nunca, pues inmediatamente después de la guerra de 1879, se atravesaba por una reducción económica entre los funcionarios de la administración.

Fue gracias a los apoyos de su padre como Guy escribía esta petición:

Étretat, 7 de enero de 1872

Sr. Ministro,

Tengo el honor de solicitar de usted una plaza en las secciones administrativas del Ministerio de la Marina.

Soy bachiller en letras y durante la guerra he sido asignado a los negociados de la Intendencia militar donde estuve empleado hasta el mes de noviembre de 1871, época en la que me hice reemplazar.

Tengo el honor de rogaros, Señor Ministro, tenga a bien atender mi petición incorporándome, según usted así lo juzgue, a su ministerio.

Tengo el honor de ser con todo el respeto, Señor Ministro, su más obediente servidor.

GUY DE MAUPASSANT³

La escritura es aplicada y se puede advertir que el candidato se ha esforzado en presentar su súplica con el mayor esmero para atraer la atención del gran jefe.

¿Leyó esta demanda el almirante Pouthuau? En cualquier caso, una breve indicación marginal muestra que no llegó a las altas esferas.

16 de enero.- El Sr. A valle le responde que no hay plazas vacantes.

El margen de tiempo, muy corto, entre ambas fechas, 7 y 16 de enero, bastaría para probar que la respuesta no había sido escrita al azar y que los Maupassant contaban con amigos en el lugar. Una nueva carta de Gustave de Maupassant nos lo hará comprender mejor:

Lunes, 19 de febrero.

El Sr. Faure, jefe de la oficina del movimiento de tropas en el ministerio de la Marina, y el Sr. Subjefe del personal, me han dicho que vuelva a hacer una nueva solicitud para mi hijo y presentarla directamente al Ministro por mediación del almirante Saisset, rogando al almirante que se base en la capacidad de mi hijo y en la recomendación del Sr. Faure y el subjefe del personal para cubrir unas vacantes.

Tendré la nueva solicitud de mi hijo el miércoles o el jueves y la enviaré enseguida al Sr. de Pardieu. El Sr. de l'Arbre está advertido por esos caballeros de la nueva gestión que va a ser hecha. Cuento con la extrema diligencia del Sr. de Pardieu para hablar de ello a la Sra. de Coubertin y a la Sra. de l'Arbre. – Mil perdones por abusar de este modo y mil recuerdos.

GUSTAVE DE MAUPASSANT⁴

Esta carta, familiar y sobrecargada de tachaduras, es personal y debió haber sido pasada a limpio con posterioridad por su desconocido propietario en el expediente del escritor.

³ Archivos del Ministerio de la Marina.

⁴ Archivos del Ministerio de la Marina.

Sin embargo la recomendación debía ser seria, y Gustave de Maupassant presionaba a su hijo para que enviara una nueva petición que él transmitió de inmediato a su bondadoso corresponsal:

París, 21 de febrero [1872]

Acabo de recibir, mi querido conde, la petición de mi hijo y me apresuro a dirigírsela agradeciéndole todo lo que está usted haciendo por él. Se lo repito, el Sr. Faure, jefe del negociado en el movimiento de las tropas, solicita a mi hijo en su despacho, el subjefe de personal apoya la petición, y esos caballeros quisieran que la solicitud fuese remitida directamente al ministro por el Almirante Saisset y que éste tuviese la deferencia de ayudarlos con todo su poder. ¿Es una indiscreción rogarle que asegure el apoyo del Almirante, así como el de la Sra de Coubertin, que quiere interesarse por mi hijo con toda mi gratitud? Es un gran e importante asunto para el porvenir de Guy y yo lo encomiendo muy particularmente a su bondad. Me consta que mucha gente se ha dirigido al ministerio de la Marina y sé que hay vacantes que cubrir de aquí a dos meses. Démonos prisa en meter a Guy a fin de aprovechar la situación y hacerlo lo antes posible.

Siempre suyo, mi querido Conde.

Gustave de MAUPASSANT.

El Sr. Charles Duplessis, jefe del negociado de personal, es uno de mis amigos y se interesa igualmente por mi hijo.

Calle Pigalle, 37⁵

La segunda petición de Guy, siempre de una bella y cuidadosa escritura, estaba fechada en Étretat, el 20 de febrero de 1872:

Señor Ministro,

Tengo el honor de solicitar de Su Excelencia un favor que sería para mí de un gran valor, el de ser incorporado a la administración del Ministerio de la Marina.

He obtenido el título de bachiller en letras el 27 de julio de 1869.

Cuando estalló la guerra contra Prusia comenzaba mis estudios de derecho. Llamado bajo la bandera como soldado del reemplazo de 1870, pasé en Vincennes los exámenes necesarios para ser admitido en la Intendencia Militar. He sido enviado a continuación a la 2ª División, en Rouen, y he estado vinculado a los despachos de Intendencia Divisionaria hasta el mes de septiembre de 1871, época en la que me he hecho sustituir.

El favor que solicito de Su Excelencia me sería tanto o más precioso, toda vez que me permitiría, al menos eso espero, continuar en Paris mis estudios de derecho bruscamente interrumpidos por la guerra, lo que no me impediría asumir con celo y exactitud la tarea que se me encomiende.

Tengo el honor de ser, con un profundo respeto, Señor Ministro, el más humilde y obediente servidor de Su Excelencia.

GUY DE MAUPASSANT⁶

Al requerimiento se adjuntaba una copia del diploma de bachiller obtenido el 27 de julio de 1869 en la Facultad de Caen, copia autenticada por el adjunto de Etretat el 22 de febrero de 1872.

⁵ Archivos de la Marina

⁶ Archivos de la Marina

El almirante Pothuau, esta vez escribía al margen: «El contraalmirante Krantz se entrevistará con el Sr. Delarbre y me dirá si el asunto es posible. Acabamos de hacer recortes en los presupuestos y no me parece buen momento para incorporar a nadie.»

Observemos de paso que en la breve exposición de su escolaridad y de sus servicios militares, Guy de Maupassant no nos habla de pasaje alguno de su paso por la Móvil, pasaje que, según sus biógrafos, le habría inspirado especialmente esta descripción que se admira mucho en *Boule-de-Suif*, la que se nos presenta visiblemente en las páginas de la *Débâcle*, de su amigo Zola, o en la obra más moderna de Barbusse.

Sea como sea, el ministerio, sin estar demasiado dispuesto, ya no se oponía abiertamente al solicitante. La influencia del Almirante Saisset, al cual el Sr. Gustave de Maupassant tuvo razón en confiar, hizo lo demás, como lo testimonia este oficio:

Al Sr. le V.A. Saisset, miembro de la Asamblea Nacional
Gabinete del Ministro.- Versalles, 20 de marzo de 1872.
Carta del C.-A- Jefe de E.- M.

Almirante,

Tengo el honor de informarle que el Ministro desea consentir, para acceder a su petición, que el Sr. de Maupassant venga a trabajar a los despachos de la Administración central, pero como existen muchos empleados en excedencia en los cuadros reglamentarios y varios supernumerarios, me encarga que le haga saber al mismo tiempo que no es posible que se comprometa con respecto a su protegido y que tal vez tenga que esperar algún tiempo su nombramiento definitivo como supernumerario.

Con un profundo respeto soy, Almirante, vuestro muy devoto y obediente servidor.

Le C.A.Jefe de E.M.
KRANTZ⁷

Al margen de la nota puede leerse:

El Sr. Avasse ordena la apertura de un dossier al Sr. de Maupassant y clasificar en él estos oficios. Ha sido acordado con el Director que este joven sea incorporado a la Biblioteca en sustitución del Sr. Durassier, que trabajará en nuestro despacho.

¡Por fin! El nuevo aspirante ya no sólo se dedicará a redactar— entonces se decía funcionario — pero ha entrado en la plaza para la conquista de París. Esto no es más que un pequeño bastión, pero allí se parapetará y no dejará de horadar en la muralla que le separa todavía del mundo de sus sueños, tratando de abrir una brecha que le permita ganar la ciudad.

Todos esos detalles que recuerdan el ingreso de Maupassant en París no son inútiles. Balzac da copiosas circunstancias sobre la llegada de Lucien de Rubempre al seno de la capital que consagra la gloria; y mi personaje posee esta ventaja sobre el héroe del gran novelista que estaba completamente en los huesos.

§

Conviene hacer justicia a Guy de Maupassant que franqueó los primeros escalones – siempre los mas arduos – con la prudencia, se podría decir la finura, del normando que no quiere arriesgar dar un paso en falso.

Incluso imagino que tras haber recibido el visto bueno de su nombramiento, se presentó bajo la bóveda de la calle Royal cinco minutos antes de la hora fijada, y cuando el policía de guardia le hubo indicado el camino de la Biblioteca, sin duda escalo los ciento diecinueve escalones que lo conducían a su objetivo con el corazón palpitando.

En lo alto de la escalera, una vez atravesada la puerta, se encontró ante el gabinete del Bibliotecario, el Sr. Renard, el cual acogió, bien con afabilidad, bien con aire distraído, al futuro supernumerario que debería ser su colaborador durante cerca de seis meses.

¿Qué tarea se le asignó? Es imposible precisarlo. La correspondencia del célebre escritor no nos revela nada al respecto, su dossier administrativo se mantiene igualmente mudo en relación con ello y, únicamente, algunas breves menciones nos hacen saber que cumplía sus funciones con regularidad.

¿Con qué ojos, los apacibles especialistas de la ciudad de los libros vieron al intruso que el gabinete del ministro les imponía? Lo ignoro. El registro de entradas en la Biblioteca, llevado al día con escritura meticulosa y uniforme no contiene la escritura de Maupassant. Se anota allí la compra del *Livres des Miracles* de Grégoire de Tours, el 20 de marzo de 1872.

El primer contacto con sus colegas parece haber provocado alguna simpatía. Joven, servicial y dispuesto, tal como se nos lo presenta, el recién llegado se pone rápidamente al corriente de lo que se podía exigir a un principiante.

París se iba reponiendo penosamente de los desastres de la guerra y del motín de la Comuna, y los recuerdos del año considerado terrible, antes de que llegase 1914, alimentaban y facilitaban las conversaciones, en las cuales Maupassant fingía cuando menos interesarse. A veces hace alusión a ello en sus cuentos, y en *l'Heritage* en particular va a proporcionarnos una valiosa información de lo que se hablaba entonces en la Marina.

Poniendo en escena a un viejo funcionario, el tío Savon, al que todos gastan bromas pesadas, añade:

Y le habían hecho creer que, desde los acontecimientos de la Comuna, los socialistas habían falsificado la mayor parte de los productos de consumo general, para desacreditar al Gobierno y provocar una revolución.

Con todo eso había llegado el viejo a concebir un odio feroz contra los anarquistas, viéndolos en acecho por todas partes, agazapados en todas partes, y al mismo tiempo un temor misterioso de una mano desconocida, velada y terrible⁸.

La credulidad del pobre hombre permite al maestro estilista una descripción tan minuciosa como sobrecogedora de la malicia que reinaba en los medios administrativos en esos días posteriores a los motines.

El imperio, habiendo sido considerado responsable de la derrota, era objeto de execración universal. Se realizaba un esfuerzo desde todos los estamentos para abolir sus símbolos y, desde el 4 de septiembre los emblemas imperiales, rotos, destrozados, arrancados, desaparecían de los edificios públicos y los monumentos.

El ministerio de la Marina no había escapado a esta furia destructiva y el águila napoleónica ya no se veía ni en el interior ni en el exterior del edificio. Aún pueden

distinguirse sobre la puerta de entrada que da a los arcos de la Concordia, las huellas del lijado ejecutado sobre la carpintería del escudo que la coronaba.

Las N coronadas que decoraban el techo del comedor del ministro son cubiertas con un adorno cualquiera. El motivo ornamental de la gran chimenea del salón con ribetes de la logia da lugar a un esmirriado laurel, muy poco en armonía con los soportes conservados. Por el contrario, detrás, un nicho todavía muestra su papel sembrado de abejas.

Solo subsiste, intacto, el lustro deslumbrador de la antecámara ministerial. Alejándose ligeramente, el visitante se percibe, con algún gracejo, que el hierro forjado presenta el aspecto de una corona soberana.

Pero el imperio no había impuesto sólo su águila. Había igualmente dotado a los funcionarios de uniformes representativos. Fue Théodore-Ducos, con motivo de su segundo paso por la calle Royale, quien determinó por decreto en 1853 los diversos uniformes de nuestros marinos tales como todavía los visten hoy, salvo ciertas modificaciones aportadas por el tiempo y la moda, y se ocupó del personal civil de su departamento tanto como de los militares.

Desconozco si ese decreto ha sido abolido o simplemente ha caído en desuso, pero me inclino a creer que la día siguiente de la caída de Napoleón III esa vestimenta decorativa todavía era obligatoria, al menos en las ceremonias oficiales.

Es curioso imaginarse a Guy de Maupassant quitándose el abrigo para ponerse «la bata de paño azul, abotonando rectamente sobre el pecho, por medio de gruesos botones dorados; cuello recto escotado en la parte anterior, solapas redondas, abiertas a los lados y cerradas por dos pequeños botones; faldones sin vasta»

Un chaleco recto, en picado o cachemira blanco, adornado con nueve pequeños botones dorados, un cuello blanco o una corbata del mismo matiz, un pantalón de paño azul atravesado por un ribete de oro. Bordados en oro, diferentes según la jerarquía, lo acompañaban. ¿Nos es permitido imaginar al futuro autor de *l'Heritage* así vestido, el jefe engalanado con un «sombrero francés bordado con un galón de seda, bordado en oro sobre terciopelo con divisa», y el flanco encintado con una «espada con empuñadura de nácar y funda dorada»?

El uniforme era obligatorio solamente a partir del grado de subjefe de negociado y voluntario para los demás. Se imponía, y la leyenda nos cuenta que tres funcionarios de la misma estatura se ponían de acuerdo para poseer uno solo de esos caros uniformes y vestirlo por turno cuando se daba un baile en las Tullerías. Cada uno se lo ponía una hora y de ese modo participaba en las ceremonias oficiales.

Es verosímil que Maupassant, anhelante del deseo de agradar y de hacerse notar, no dudase, a pesar de la inferioridad de su grado y la exigüidad de sus facultades pecuniarias, en vestir el uniforme reglamentario, que por añadidura, y gracias a su buen tipo, sentaba muy bien y favorecía sus instintos de gloria.

En resumen, de un modo u otro, consiguió hacerse destacar, y tras seis meses de aprendizaje en la Biblioteca, lo que constituía una muy breve estadía, el Director de las Colonias lo reclamaba como supernumerario con fecha 17 de octubre de 1872.

El servicio continuaba realizándose gratuitamente y el joven empleado vivía de la pequeña pensión que sus padres le enviaban.

§

El almirante Saisset supervisaba. Pronto conoció los adelantos de su protegido, rogando al ministro que lo designara entre los empleados punteros, «ese joven, añadía,

satisface plenamente a sus jefes por su manera de servir y las solicitudes de la familia indican que esta mejoría en su situación es necesaria».

El ministro accedió y, a partir del 1 de febrero de 1873, el futuro padre de *Ce cochón de Morin*, cuyo más ínfimo relato en un periódico de los bulevares no sería pagado con menos de 50 lises, tuvo la satisfacción de saber que a partir de ese momento obtendría 125 francos al mes a cargo de los presupuestos del Estado, más una gratificación de 150 francos el primer año.

En esa época es un muchacho de veintiún años y medio, cuyo cerebro bulle sin lugar a dudas, pero no ha producido nada serio todavía.

El pequeño seminario de Yvetot lo expulsó so pretexto de componer versos demasiado libres. Educado en el Instituto de Rouen, los días de asueto se relaciona con un amigo de su familia, el poeta Louis Bouilhet y bajo sus disciplina persiste en espolear a la Musa. Como se ve, sus aspiraciones son bastante vagas.

Su auténtico aprendizaje lo hará en los despachos de la Marina, porque esos serán para él los puestos de observación donde estudiará a los hombres en los que desafortunadamente no retendrá más que sus defectos y ridiculeces, y que pintará más tarde con pincel despiadado, abusando de su incomparable don de caricaturista.

Puesto que sabía plasmar con exactitud e intensidad lo visto y escuchado, ¿cómo no retuvo los dramas vividos y repetidos entonces en todos los mentideros de la Marina, escapada milagrosamente al desastre de la Comuna, gracias a la energía y a la presencia de espíritu de su jefe de material, Sr. Glabín? Habría escrito unos volúmenes de poderosas tragedias, y las historia se vería enriquecida con magníficos relatos heroicos. Que no haya fijado por escrito las anécdotas picantes que circulaban entre sus colegas, testimoniando que si este espíritu es a veces de gusto cuestionable, ¿no es ese sin embargo el espíritu francés?

Pero Maupassant hacía profesión de no creer en el heroísmo, o si la evidencia le obligaba a constatarlo, lo consideraba como una anomalía poco recomendable. En cuanto a las bromas, jamás le gustó ninguna que no hubiese sido ideada por él.

Uno de sus biógrafos⁹, más bien benevolente a su respecto, resumió perfectamente sus tendencias, naturalmente malévolas, aunque más valdría llamarlas deformadoras.

Desde esa época, la vida del despacho, el espectáculo de los misterios administrativos, la relación con sus jefes y sus colegas eran para él la fuente de disfrutes sinceros y una ocasión para bromas inagotables. Satisfacía esto inclinándose por la burla que no lo abandonaría jamás, esa necesidad de cargar a otros que alegra toda su juventud. Aquellos que lo encontraron en las cenas de Catulle Mendès, artistas y escritores, preocupados sobre todo de serios problemas de estética, ebrios de discusiones literarias, se sorprendían de verlo aportar a la conversación anécdotas documentadas e invectivas enérgicas contra el personal del ministerio. Sobre este aspecto, él no se agotaba. Perseguía en un medio nuevo esas observaciones escrupulosas, esta investigación atenta de la simplicidad humana, que él había emprendido antes con los pescadores y los paisanos de Étretat, sus primeros compañeros. Y más tarde, en sus nuevas búsquedas, él recreará la crónica de los despachos y de los caracteres de los empleados que él ha conocido, del mismo modo que se acuerda de las aventuras de su infancia y todas sus impresiones sobre la tierra normanda. Sobre esta existencia humilde y monótona de los pequeños burócratas, fértil en incidentes cómicos y en situaciones divertidas, compuso unos encantadores relatos, que están entre los más expresivos y los más verdaderos que él haya escrito.

⁹ Edouard Maynial. *La Vie et l'oeuvre de maupassant*

Sin embargo olvidó las más sabrosas anécdotas que circulaban y siempre circulan en los despachos de la Marina, y de las que algunas encierran los elementos de una comicidad perfecta.

Así por ejemplo, el recién llegado a quien se le persuade, el día de su entrada al servicio, que haga una visita en traje a todos sus jefes jerárquicos. Es igualmente el viejo empleado concienzudo, pero limitado, que se le hace palidecer sobre un dossier de apariencia administrativa donde es estudiado el interesante proyecto de relacionar Dakar con Djibouti mediante un puesto aéreo de cóndores aprovisionados. Ese viejo empleado, nadie lo ha conocido, pero todos los veteranos han oído hablar de él por sus antecesores en el cargo, y, buscando bien, quizá se le hubiese podido encontrar en los despachos de Sartine, ¿quién sabe si en los Deisgnelay? Sigue siendo todavía la ingeniosidad del marinero que levanta el obelisco dispuesto a irse a pique en el momento de asentarse sobre su zócalo, mojado las cuerdas por sus propios medios, *coram populo*.

El episodio es controvertido y se resiente demasiado del famoso grito de : «¡mojad las cuerdas!» que inmortalizó la erección del obelisco de San Pedro de Roma. Pero puesto que Maupassant no retrocedía en absoluto ante la broma equívoca, había allí una excelente ocasión de ejercitar su habilidad verbal.

Prefirió girar y volver a girar sobre el asador de sus sarcasmos sobre los compañeros con los que había compartido no solo los trabajos sino también con los que igualmente había compartido, diga lo que se diga, las concepciones de la vida inherentes al oficio.

Tanto como vivió entre ellos, no difiere de los más ordinarios excepto por el corte de sus trajes, siempre de moda, y por la educación de sus maneras, costumbre de economía y virtudes de una educación esmerada.

Esta constante corrección contrastaba con su amor al remo en compañías no muy recomendables, sus almuerzos en los tugurios a orillas del Sena y sus bromas infligidas a los inocentones.

Le gustaba reprochar a sus antiguos camaradas no tener otro objetivo en la vida que el ascenso que les procuraría más consideración, más dinero y un retiro más ventajoso al fin de sus días. Considera esta ambición muy exigua y se burla de los infelices serviles, incapaces de elevar sus almas por encima de esas miserables contingencias. Pero él mismo, aun cuando espero escapar por la tangente a la existencia monótona de los despachos, se sacrifica como los demás a la necesidad de mejorar su situación y se libra a solicitudes con más apremio y menos discreción que muchos; su ideal seguirá siendo mezquino tanto en cuanto su horizonte se revele limitado.

Se recomendaba a sus jefes por su celo y su asiduidad, lo que el loable, y no temía cansar a sus protectores con repetidas demandas de intervención a su favor.

¿Cómo no recompensar a un empleado que testimonia tal entrega y, por otra parte, da tanta satisfacción? Admitido al principio sin un cargo claramente definido, tras dos años de supernumerario es nombrado el 25 de marzo de 1874, con aumento de sueldo, gracias a un informe favorable del Sr. Delarbre, Director de la Contabilidad general. Tres años más tarde, obtiene un ascenso de clase.

Esta rápida ascensión – pues todo es relativo – habría podido provocar celos en los colegas menos recomendados y menos apoyados, pero quizá de tantos merecimientos como él. Sin embargo no parecía que ninguno le hubiese tomado ojeriza, pues Maupassant, fiel a su táctica del principio, se había mostrado afable ante todos, buen camarada, no dejando traslucir de su superioridad excepto más que una urbanidad un poco altanera, pero sin embargo familiar; matiz imperceptible en el gesto, del que se dan cuenta las personas sin pretensión y las que conocen la pose de gentleman que él adoptaba pasando a su lado.

Tales fueron, en grandes rasgos, las primeras etapas de Maupassant en la carrera administrativa, casi tan banales, en suma, como las de su adolescencia, pero que son útiles recordar aunque sólo sea para apreciar los rencores del autor novel.

Hector de Gribelin, escribirá él en uno de sus cuentos¹⁰, había sido educado en provincias, en el caserío paterno, por un viejo cura preceptor. No era rico, pero se vivía guardando las apariencias.

Luego, a los 20 años, se le había conseguido una posición y había entrado como funcionario cobrando 1500 francos anuales, en el ministerio de la Marina. Había encallado en ese escollo como todos aquellos que no están preparados temprano para el rudo combate de la vida, aquellos que ven la existencia a través de una niebla, que ignoran los medios y las resistencias, en los que no se desarrollan ningunas aptitudes especiales en la infancia, unas facultades particulares, una disposición enérgica para la lucha, todos aquellos a quién no se le ha puesto un arma ni una herramienta en la mano.

Sus tres primeros años en el despacho fueron horribles.

¡Si pudo soportar, con estoicismo y la sonrisa en los labios, esta larga tortura moral, es que Maupassant tuvo el corazón bien templado, podrá pensarse! Solo que la verdad es diferente. Él había tomado alegremente su partido de una situación que quizás fuese incompatible con sus esperanzas secretas, pero no contrariaban en nada sus instintos personales, y se había adaptado sin pena ni gloria a un oficio del que no veía la posibilidad de evadirse.

El 15 de abril, una nota de servicio lo traslada al despacho de las Tripulaciones (dirección de Personal), puesto que ocupará casi hasta su marcha definitiva¹¹

El informe según el cual obtenía esta nominación, firmado aún por el Sr. Delarbre, es de lo más elogioso:

El Sr. de Maupassant es recomendado de un modo particular por los Sres. Vice almirantes Fourichon y Saisset.

El Sr. de Maupassant trabaja en los despachos desde hace casi un año, es un joven muy inteligente y muy capaz que ha recibido una muy buena educación y con el que estamos muy satisfechos¹²

Nos encontramos muy lejos de esta legendaria observación: «Maupassant, funcionario concienzudo, pero redacta mal.» Digo legendaria, pues no se encuentra por ninguna parte traza alguna en las fichas de esta anotación bastante poco perspicaz.

Una apreciación del almirante Martineau des Chenetz completaba el informe, igualmente benevolente:

No tengo más que los mejores testimonios que aportar respecto a este joven que se ha hecho destacar por su inteligencia, su celo y su perfecta compostura.

Pero el impecable empleado modifica sensiblemente su conducta. Helo aquí con un suelo fijo, con la seguridad de una cantidad muy pequeña, es cierto, pero que lo pone al abrigo de la bohemia donde teme sucumbir.

¹⁰ A *Cheval* (ed. Conard, tomo IV) aparecido por primera vez en *le Gaulois*, el 14 de enero de 1883.

¹¹ De la dirección de las Colonias había pasado antes por el Negociado de los Aprovisionamientos (dirección del Material)

¹² Archivos del Ministerio de la Marina.

Se vuelve distante, deja de ser cortés sin cesar, y de simpático se transforma poco a poco en un antipático integral junto a sus compañeros que habían elogiado en él sus guasas, sin sospechar sin embargo que es, al mismo tiempo, un desdenoso. A pesar de todo, sigue siendo el normando pragmático, atento a no aflojar la presa en la sombra. Continuará la carrera sin olvidar ninguno de los senderos pateados que conducen a las cimas administrativas cuyas cumbres ya le parecen insignificantes colinas, pero simultáneamente intentará tomar su vuelo hacia las altas montañas.

A fin de realizar este ansiado proyecto, cuenta secretamente con la literatura, por la cual siente aptitudes que su madre ha alentado, y con la protección de Flaubert, que al principio no testimonia un celo excesivo en su favor, pero que no le negará nunca su cariño.

Antes de seguir estudiando al Maupassant funcionario en la marina y determinar el género y el grado de influencia ejercido sobre su talento por su estancia en esa colmena medio civil, medio militar, conviene hacer aquí una digresión a propósito de las relaciones del autor de *Madame Bovary* con el autor de *En Famille*.

Generalmente se cree que fueron unas relaciones entre tío y sobrino, más que de profesor a alumno. Es un error que Maupassant siempre ha dejado circular, como la mayoría de sus biógrafos han consignado.

Ningún lazo sanguíneo, aparente al menos, existía entre ambos personajes, sino una amistad más sólida incluso que si se tratase de parientes, unía a las dos familias de Rouen.

El famoso doctor Flaubert, el padre del escritor, estaba relacionado con el Sr. Le Poittevin, padre de la Sra. de Maupassant, y los hijos de ambos hogares, siendo de edad similar, se educaron juntos como hermanos y hermanas. El joven Le Poittevin murió apenas pasado el umbral de la adolescencia, y Gustave Flaubert tuvo que soportar por ello un dolor muy intenso. Trasladó todo su afecto sobre la hermana a la que acompañó toda su vida, bien como soltera, bien como mujer casada, y no hay indicios en ninguna parte de que esta intimidad no fuese más que estrictamente platónica.

Laure Le Poittevin, orgullosa de ser querida de un autor aclamado, le consultaba con confianza respecto a la educación y el porvenir de su hijo, dispuesta a seguir ciegamente sus consejos.

Su corazón maternal estaba halagado por las ambiciones literarias de Guy, pero no quería tener que reprocharse más tarde haber favorecido una inclinación que desemboca en el hospital más frecuentemente que a la Academia.

Ante esta tesitura imploraba la opinión del gran hombre, escribiéndole el 19 de febrero de 1873:

Seguiré tus consejos. Si tu dices sí, animaremos a ese muchacho por el camino que prefiera; pero si dices no, no veremos hacer pelucas... o algo similar¹³

A esta carta que evidentemente hacía alusión a una conversación anterior, Flaubert respondía el 23 de febrero de 1873:

No puedes imaginarte lo encantador que encuentro a tu hijo, inteligente, buen chico, sensible y espiritual, en resumen (por emplear una palabra de moda) ¡simpático!... Hay que animar a tu hijo en el gusto que tiene por la poesía, porque es una noble pasión, porque las letras consuelan de muchos infortunios y porque quizá tenga talento; ¿quién sabe? Hasta ahora no ha producido lo suficiente para que

¹³ Ed. Conard, Tomo II

pueda deducir su horóscopo poético, y además ¿a quién le está permitido decidir el futuro de un hombre?

Creo que nuestro jovencito es un poco perezoso y mediocrementemente dispuesto al trabajo. Quisiera verlo acometer una obra de amplias miras, aunque fuese detestable¹⁴

Flaubert veía en efecto, a menudo al hijo de su amiga.

Nuestro funcionario, cuando en su tarea cotidiana disponía de algún tiempo libre, redactaba poemas y relatos que enseñaba al maestro los domingos. Desde 1873 hasta 1880, el creador de *Salammbô* examinaba y corregía, como se corrigen los deberes de un escolar, eliminando los epítetos inútiles, vigilando las impropiedades, las licencias gramaticales. El alumno regresaba dócilmente a la calle Royale con su copia cribada de tachaduras y la rehacía para el domingo siguiente.

La opinión de Flaubert se iba modificando insensiblemente. A sus consejos, Maupassant iba abandonando los versos por la prosa. Después de 1879, había esbozado una novela de los años veinte, *L'Angélu*, que, interrumpida, fue retomada después cuando ya era celebre, pero que nunca llegó a terminar. Con elocuencia describe allí «esa nostalgia invencible de los afligidos¹⁵».

El 30 de octubre de 1872, Flaubert escribía a la Sra. de Maupassant:

Tu hijo tiene razones para quererme, pues yo experimento por él una verdadera amistad. Es espiritual, letrado, encantador, y además es el sobrino de mi pobre Alfred.

A lo que la Sra. de Maupassant replicaba a Flaubert:

Étretat, 19 de febrero de 1873

Mi querido compañero,

...Guy está tan feliz de ir a tu casa todos los domingos, de estar allí durante largas horas, de ser tratado con esa familiaridad tan halagadora y tan dulce, que todas sus cartas no hacen más que contar una y otra vez lo mismo. El querido muchacho me cuenta su vida a día a día; me habla de todos nuestros amigos con los que se encuentra en París, y de las distracciones que va teniendo en su camino; después, invariablemente, el capítulo finaliza así: «pero la casa que más me atrae, dónde más disfruto que en cualquier otro lugar, a dónde vuelvo sin cesar, es la casa del señor Flaubert.» Y yo me guardo bien de encontrar esto monótono.¹⁶

A pesar de estos vínculos y estas palabras cariñosas, parece que Flaubert difícilmente se hubiese habituado a tomar en serio el talento del aspirante contador y, si se vio obligado a revisar sus trabajos, siempre lo hizo desde la óptica del profesor al escolar, no del maestro al discípulo.

Sin embargo, entre otros, da este excelente consejo a Maupassant, sospechando que no hubiese sido seguido antes de ser formulado: dedicarse a observar todo lo que pasa en torno a ti, hombre y cosas, y no describir más que lo que hayas visto y analizado *in situ*, pues toda descripción que provenga de la imaginación conlleva el riesgo, por vicio de exactitud, de aburrir al lector.

¹⁴ *Obras completas de Gustave Flaubert* (ed. Conard, tomo IV)

¹⁵ *L'Angélu* (ed. Conard, tomo XXIX)

¹⁶ Ed. Conard, tomo II.

El don de observación era, en efecto, innato en Maupassant; no me equivoco al decir que lo poseía en el mismo grado que Balzac, y es a éste al que más se equipara con el rey de los novelistas, como lo sobrepasa con mucho por el estallido y la sobriedad del relato.

Por lo demás, al igual que Balzac, no le gusta pintar más que los medios y los personajes que le son familiares.

Balzac fotografía de maravilla la pensión Vauquier o el estudio de los oficiales ministeriales de rango inferior. También esboza perfectamente los rincones y escondrijos del Palacio de Justicia que frecuenta en calidad de pasante de abogado, pero cuando quiere retratar la alta sociedad no es tan diestro.

Nos describe muy bien las antesalas que ha franqueado y la actitud irritante e insolente del trato dispensado a un visitante dudoso; por el contrario, yerra completamente cuando pretende desmontar los resortes que hacen mover a sus personajes. Toma demasiado fácilmente por grandes damas a las nuevas ricas del Imperio que, algunos lustros más tarde sencillamente serán unas cualquiera, pero que nunca habrían representado en la sociedad mundana real a la mujer como debe serlo.

Di igual modo Maupassant no se conforma con fotografiar físicamente y moralmente a los empleados del ministerio que, pasando ante él, imprimieron en el fondo de su retina y en el pozo de su memoria una imagen imperecedera; los resucita y nos los presenta vivos, tan bien como los trabajadores del mar de las costas normandas. A su vez, desde el momento que se libra a su fantasía, nos transporta a un medio inexistente. Tal es esta colección de nobles arruinados que habría descubierto en no sé que callejón desconocido del barrio Saint Germain:

Ajenos a la vida moderna, humildes y orgullosos, esos aristócratas necesitados vivían en los pisos más altos de las casas dormidas. De arriba a abajo de esos domicilios, los inquilinos poseían algún título nobiliario, pero el dinero parecía escasear desde el 1^o al 6^o¹⁷.

Es Hector de Gribelin uno de los escasos personajes simpáticos en la obra de Maupassant, quien exhuma esos fósiles en sus antiguas y vetustas guaridas:

Se había encontrado allí con algunos amigos de su familia, ancianos prematuramente y poco afortunados también, que vivían en las nobles y tristes calles del barrio Saint Germain, y se había hecho un círculo de conocidos.

¿Qué explorador podría indicar sobre el mapa de París el barrio donde han vivido o deben vivir aún esos interesantes personajes?

¿No habría cierta confusión en el espíritu del narrador con ese medio artificial y sospechoso tan frecuentado en casa de la madre de *Yvette*?¹⁸ «Todos nobles, todos con título, todos hablando de sus antepasados a la más mínima ocasión, y contando su vida constantemente. Interesantes, a menudo espirituales, nunca banales como los funcionarios franceses.»

Este último adjetivo ya es demasiado, acompañando la banalidad entre ese tipo de honorabilidad que el mismo Maupassant reconocía no haber encontrado entre las personas elegantes del que era comensal.

El funcionario Hector de Gribelin, por añadidura, se acababa de casar con una joven «noble y pobre como él», sueño que quizá su modelo hubiese acariciado sin darle

¹⁷ *A Cheval* (ed. Conard, tomo IV)

¹⁸ *Yvette* (ed. Conard, tomo XII)

continuidad¹⁹. Sus biógrafos son unánimes cuando dicen que no frecuentará la alta sociedad hasta muy tarde, cuando comienza a levantar el velo que lo sustraía a la admiración de sus contemporáneos.

A fuerza de docilidad hacia Flaubert, a base de tratar de escribir como quería el maestro que escribiese, el ilustre amigo había aflojado su severidad. Lo había presentado en algunos cenáculos literarios y había tolerado algunas tentativas de principiante en oscuros periódicos.

Maupassant comenzó a entrever la fortuna y la estima y que no tendría necesidad de rozarse ya con el personal de la Marina; sin embargo, siempre fiel a sus prudentes costumbres, no se atrevió todavía a romper radicalmente con ellos. Se limitaba a hacerles sentir que no estaban a su altura.

Continuó pues acudiendo al despacho, y menos preocupado, a partir de ese momento, de obtener algún ascenso dentro de la administración. Iba allí sobre todo para completar sus informaciones psicológicas *in situ*; en lugar de describir las estancias oficiales, se divierte bosquejando la descripción de la colmena trabajadora donde cada uno, excepto él, persiste en tomarse en serio su tarea.

Aunque no habían dado las diez, un río de funcionarios entraba por la puerta principal del Ministerio de la Marina; venían con gran premura desde todos los rincones de París, porque se acercaba el día de Año Nuevo, época de laboriosidad y de ascensos, el ruido de pasos precipitados resonaba por todo el inmenso edificio, tortuoso como un laberinto, surcado por una red enmarañadísima de pasillos agujereados por innumerables puertas que dan acceso a las oficinas.

Penetraba cada cual en su compartimiento, estrechaba la mano del colega llegado antes que él, se quitaba la americana, endosaba la ropa vieja de trabajo y se sentaba a su mesa, en la que le esperaban montones de papeles.

Más tarde se trasladaban en busca de noticias a las oficinas contiguas. Preguntaban, en primer lugar, si había llegado el jefe, si traía cara de buen humor, si abultaba mucho el correo del día. El señor César Cachelín, oficial de entrada del negociado de «Material general», veterano suboficial de Infantería de Marina, que había ascendido por antigüedad a oficial primero, registraba en un gran libro todos los documentos que acababa de traer el ujier del gabinete. Enfrente de él, el escribiente, el tío Savón, un viejo estólido, famoso en todo el Ministerio por sus desgracias conyugales, transcribía con mano lenta un despacho del jefe y trabajaba, con cuerpo ladeado y la mirada oblicua, en rígida postura de copista minucioso.

El señor Cachelín, corpulento, de pelo blanco y corto, peinado en la parte superior del cráneo en forma de cepillo, hablaba, mientras se aplicaba a su tarea cotidiana:

—Treinta y dos piezas de correo de Tolón. Este puerto solo envía tantas como los otros cuatro juntos.

¹⁹ A pesar de sus pretensiones – y se sabe que los orígenes de su familia son bastante confusos – un día se le escapó dirigir esta barbaridad demagógica a Flaubert sobre un papel con el membrete del Ministerio de la Marina:

«Solicito la supresión de las casas dirigentes, de ese montón de apuestos caballeros estúpidos que juguetean alrededor de las faldas de esta arrastrada, devota e idiota que se llama la buena sociedad.

«Pues bien, ahora encuentro que el año 93 ha sido suave... Puesto que las antiguas clases dirigentes son tan inteligentes hoy como entonces, tan viles, tan mentirosas e irritantes hoy como entonces, hay que suprimir las clases dirigentes hoy como entonces...» (Ed. Conard, tomo I)

¿Sin duda ese día, Hector de Gribelin habría sufrido un fracaso en las «nobles calles del barrio Saint Germain»?

Así comienza *l'Heritage*²⁰, relato en el que me extiendo en citar porque ese cuento, al que dedica más desarrollo que de costumbre, me parece el prototipo del estilo de Maupassant.

Como en la mayoría de sus otras composiciones, la trama es de las más sencillas y no vale más que por la claridad de la frase y la concisión evocadora de la imagen. Nos deja seducidos por el encanto de la lectura, la aparente justicia de las reflexiones y, llegada la última página, se conserva en el paladar en regusto de la ceniza que nos da la descripción voluntariamente decepcionantes de los entresijos humanos. No me extenderé con el tema de *l'Heritage*. Lo importante es que al abrigo de la ficción, Maupassant nos haya pintado un cuadro de sus compañeros y su existencia burocrática tendiendo a lo negro.

Cachelin, el ex suboficial es el funcionario C.; Lesable, funcionario puntual, es el subjefe S.D. El apuesto Maze, que lanza siempre sus dardos arrojados, es el funcionario Ca.

En cuanto al grotesco Torchebeuf, el jefe del despacho, es M.L., al que Maupassant perseguirá con su animosidad hasta el punto de tomar su nombre auténtico para decorar el título de un relato, en el que la heroína desempeña un rol bastante escabroso²¹.

En *la Pendule* – titulado también *En Famille* – figura otro empleado bajo los poco halagadores rasgos de Caraván, al mismo tiempo que un médico de la marina al que bautiza como el doctor Chenet.

En *Au printemps*, el papel ridículo está igualmente atribuido a un funcionario de la Marina.

No solamente todos esos personajes están en posesión de un físico desgraciado, sino que su alma es tenebrosa, capaz de las peores vilezas, y su inteligencia limitada y desprovista de todo horizonte.

¿Tenía Maupassant legítimos motivos para quejarse de la actitud de sus colegas respecto de él y del malestar que le causaba frecuentarlos?

La diversidad de los reclutamientos engendra, es cierto, contrariedades de gusto, pero los roces que resultan de ellas son inherentes a toda aglomeración humana.

¿Y cómo, además, Maupassant habría opuesto sus gustos personales a los de sus compañeros de la Marina, manteniéndose al margen para dedicarse fuera de allí a unos ejercicios violentos que no tenían nada particular de refinamiento?

Era entonces un muchacho sólido, más bien bajo y macizo que poseía una embarcación, «La Feuillet à l'envers», comprada a medias con el Sr. Léon Fontaine. Esos dos capitalistas admitían como compañeros de tripulación a un futuro comisario, un futuro inspector de la Compañía de ferrocarriles del Este y a un futuro bibliotecario de Rouen. Se juntaban allí frecuentemente con una señorita un poco salvaje que soñaba con morir como una honrada madre de familia y que acabará realizando ese sueño.

Todos esos marinos de agua dulce figurarán más tarde en la obra del autor, bajo los pseudónimos de «Joseph Prunier», «Petit Bleu», «N'a qu'un oeil», «La Toque», «Mouche», «Tomahawk».

¿Quieren además saber cuales eran sus amoríos?

Solían frecuentar un cabaret aislado de Sartrouville, donde el remero plasmaba sobre el papel las primeras versiones de sus composiciones de juventud²².

²⁰ *L'Heritage* (ed. Conard, tomo X).

²¹ *Gil Blas* del 21 de agosto de 1883, bajo el pseudónimo Maufirgneuse.

²² Henri d'Almérás: *Avant la gloire – lerus debuts*, 1º serie (1902)

El recuerdo de sus escapadas por el río le proporcionó numerosos temas, y *Mouche*, publicado en *l'Echo de Paris* el 7 de febrero de 1890, es el resumen más completo de ellas, pues nos da hasta los apodos de sus co tripulantes.

En ese momento, escribía: «Yo era un empleado sin un centavo; ahora soy un hombre que puede dilapidar gruesas sumas por un capricho de un segundo»²³.

La atracción por esos paseos lo obsesiona, y a menudo los evocará en sus *Dimanches d'un bourgeois de Paris*²⁴, los describirá en *Yvette*, en el *Père Mongilet*, cuyas primeras líneas son las siguientes:

En la oficina, el tío Mongilet tenía fama de raro. Era un antiguo empleado, buen hombre, que no había salido de París más que una vez en la vida.

Estábamos a fines de julio, y los domingos todos salíamos al campo para tumbarnos sobre la hierba o darnos un chapuzón. Los pueblos vecinos: Asnières, Argenteuil, Chetou, Bougival, Maison, Passy, tenían sus visitantes asiduos y sus fanáticos. Se discutían apasionadamente los méritos y las ventajas de estos lugares célebres y deliciosos para los empleados de París.²⁵

Los curiosos se han divertido buscando los testigos de estas partidas náuticas e incluso han llegado a entrevistar a la antigua propietaria de Maupassant, la Sra. Levanneur, que alquilaba al escritor una pequeña vivienda a orillas del Sena. «Me acuerdo muy bien del Sr. de Maupassant, nos contaba ella. Partía con sus amigos o solo en su barco y no era nunca tan feliz como en el agua. A continuación subía a su habitación y escribía. A veces, súbitamente, lo invadían terribles migrañas. Se acostaba entonces durante todo el día y se atiborraba de éter, con la esperanza de que desapareciese el dolor».

Este olor a éter, que siempre se percibía en su casa y sobre el que la Sra. Levanneur insiste, da que reflexionar.

¿No serían esos los comienzos de ese mal psíquico, de esa neurastenia cuyo desenlace fue tan trágico?

El Sr. Henri Roujon, que lo conoció en esa época, nos dice sin embargo que

Maupassant, el Maupassant de entonces, no tenía de ningún modo la cara de un neurótico. Su tez y su piel parecían las de un rústico fustigado por la brisa, su voz conservaba el arrastre del hablar campesino. No soñaba más que con marchas al aire libre, deporte y domingos de remo. No quería vivir más que a orillas del Sena. Cada día se levantaba desde el amanecer, lavaba su yola, daba algunas vueltas fumando unas pipas y saltaba lo más tarde posible en un tren para ir a pacer y penar en su jaula administrativa. Bebía como una esponja, comía por cuatro y dormía de un tirón; lo demás según aconteciese²⁶

El doctor Pillet, por su parte, nos lo muestra a pesar de todo como un pesimista y un triste, en una palabra, un neurópata.

Un aspecto físico excelente, ocultando violentas migrañas y trastornos nerviosos; un carácter muy alegre y dichoso, pero por explosiones, sobre un fondo dominante de melancolía y de taras psíquicas.

Todos esos signos permiten afirmar la presencia de una neurosis, y las migrañas nos indican que esa neurosis es una epilepsia.

²³ Ed. Conard. Tomo XXVI

²⁴ Ed. Conard. Tomo XXIX

²⁵ Ed. Conard, tomo XI, aparecido por primera vez en el *Gil Blas*, del 24 de febrero de 1885.

²⁶ Henri Roujon: *Souvenirs d'art et de littérature (Grande Revue, febrero 1904)*.

Sobre este terreno predisposto, vinieron a actuar los excesos alcohólicos, venéreos, el uso de los estupefacientes y finalmente la sífilis²⁷

El doctor Pillet nos asegura que Maupassant habría contraído esa última enfermedad hacia los veintitrés años, es decir con motivo de su entrada en el ministerio de la Marina. ¿Sería por rencor a ese recuerdo punzante por lo que habría abogado por el establecimiento de una manifiesta hostilidad plasmada en su obra?

¿No sería más bien para vengarse cruelmente de las burlas encubiertas de algunos de sus compañeros celosos, que conocían sus ambiciones literarias y se sorprendían de no ver publicado nada bajo su nombre? Así los compañeros de Lucien de Rubempré se burlaban tanto del «gran provinciano», por no haber logrado abrir las puertas de los editores, llamándole el «poeta Sansonnet», porque lo sabían detentor de una carpeta de una antología de sonetos rechazados en todas partes. Era despreciable evidentemente, pero tras todo padecimiento humano es regla que el éxito aconseje la indulgencia y olvide hasta los recuerdos de las chanzas sufridas inicialmente.

¿Su jefe de despacho, M. L., se permitió incluso algunos alusiones maliciosas a las pretensiones académicas de su subordinado? Es posible, pues nadie ha sido más ofendido que Torchebeuy, sobrenombre bajo el cual fue entregado a los sarcasmos de la posteridad. Y sin embargo M. L., superior concienzudo, no deja de anotar favorablemente:

«Parece inteligente, manera de servir satisfactoria», dirá en el boletín de fin de año fechado el 1 de enero de 1875²⁸.

«Puntual, asiduo, bueno, dócil, agradable, se hace querer por todo el mundo», ya habían dicho de él en 1864 sus profesores de Yvetot.

Fue en el transcurso del año 1875, cuando Maupassant experimenta la dicha de ser publicado por primera vez.

Su amigo Léon Fontaine tenía un primo director del *Almanach lorrain de Pont-à-Mousson*, y este último aceptó publicar en su publicación *La main d'écorché*, relato macabro que él firmó bajo el pseudónimo de Joseph Prunier²⁹.

Era un comienzo, y Flaubert, introduciéndolo por su parte en el pequeño cenáculo de la escuela realista, le facilitó su relación con Emile Zola, Hennique, Huysmans, Paul Alexis, Céard, que lo acompañarán todos más tarde en su ascensión hacia la gloria.

Fue en el apartamento de la calle Murillo donde Maupassant conoció la historia de los *Rougon-Macquart*. Zola lo invitó a sus jueves en la calle Saint Georges y, desde el verano de 1876, a Médan. Invitado a las cenas de Catulle Mendès, en la calle Bruxelles, se hizo presentar allí a la princesa Mathilde³⁰.

El futuro le sonrío pues y, si está descontento de sus jefes, estos no lo están de él, puesto que el 30 de noviembre de 1875, el Sr. M. L..., siempre benevolente, lo juzga así por el año transcurrido:

Este empleado es inteligente y parece bien dotado. Además está animado del deseo de hacer las cosas bien. Cuando haya adquirido la experiencia que le falta, será un muy buen empleado. Yo ya estoy satisfecho de sus esfuerzos, y si fuese posible conceder este año un cuarto miembro para el negociado de los aprovisionamientos, yo propondría al Sr. Director que lo reservase para el Sr. de Maupassant.³¹

²⁷ Dr. Maurice Pillet: *Le mal de Maupassant* (1911)

²⁸ Archivos del Ministerio de la Marina

²⁹ Ed. Conard, tomo I.

³⁰ Gabriel Cluzet: *Guy de Maupassant* (aparecido en *Portraits d'hier*, del 15 de noviembre de 1890.)

³¹ Archivos del Ministerio de la Marina.

¿Es a este celo administrativo, puesto de relieve por M. L..., al que hay que atribuir la penuria de inspiración que revela esta carta dirigida a su madre el 30 de octubre de 1875?

Intento encontrar nuevos temas para mis relatos. Durante el día, en el ministerio, podría trabajar allí un poco. Pues mis piezas me llevan todas las veladas, e intentaré hacerlas publicar en un periódico cualquiera³².

¿Cómo no recogió, insisto, algunas de las sabrosas historietas de las que fue testigo, por ejemplo, en ese gran corredor del servicio Interior que tan bien conocía? Su facilidad para travestir lo real sobre un objetivo deformador habría podido dejarlo llevar en libre carrera.

Ese pasillo, si se cree en la leyenda, se había convertido a finales del segundo imperio, en la cita de partidas encarnizadas de bolos, donde se ejercía la destreza de los chupatintas aburridos. Cuando un gran jefe se advertía por casualidad echando un vistazo fuera de su despacho, los jugadores exclamaban al unísono: «Un, dos, tres... ¡Viva el emperador!». «¡Excelentes empleados!» murmuraba el otro, y la cabeza desaparecía aprobando discretamente.

§

El año 1876 comenzaba bajo felices auspicios, aunque Raymond Deslandes hubiese rechazado en el *Vaudeville* el sainete en verso *Une répétition*.

El Sr. Henri Roujon nos ha dejado una divertida narración de los inicios de Maupassant, cuando él mismo, en febrero de 1876, acababa de incorporarse a la secretaría de la redacción de la *République des Lettres*. El director, Catulle Mendès, le mostraba un manuscrito titulado *Au bord de l'eau* y firmado: Guy de Valmont.

—¿Quién es este?

— Un protegido de Flaubert. El propio Flaubert me envía el manuscrito rogándome publicarlo... Guy de Valmont es un pseudónimo. Flaubert me explica que su joven amigo es empleado del Ministerio de la Marina, bajo las órdenes de un hombre al que no le gustan los versos. El auténtico nombre del poeta es Maupassant; además, va a venir a vernos.

«Su aspecto no tenía nada de romántico. Un rostro redondo, congestionado, de marino de agua dulce, unas formas francas y maneras sencillas. Tengo por nombre «Mauvais-passant», repetía él con una bondad que desmentía cualquier amenaza. Su conversación se limitaba a los recuerdos de las lecciones de teología literaria que le había inculcado Flaubert, a algunas admiraciones más vivas que profundas que constituían su religión artística, a una inagotable provisión de anécdotas y a salvajes invectivas contra el personal del Ministerio de la Marina. Sobre este último punto, no tenía límites. A decir verdad, hablaba poco, no se prestaba demasiado, no contaba nada de sus proyectos. Continuaba componiendo versos, ni mejores ni peores que los primeros, versos al margen de la poesía, sensuales y elocuentes, versos de prosista de raza. Si se le instaba a escribir otra casa, respondía simplemente: «No tengo prisa, aprendo mi oficio».

Se le quería por la gracia de sus bromas y por su humor³³. »

³² Ed. Conard, tomo I.

³³ Henri Roujon, *loc. Cit.*

El Sr. Henri Roujon nos lo muestra burlándose del burgués, esperando a sus amigos en la estación, vestido con un jersey rayado, con los brazos desnudos, y observando la presencia de personas conocidas por su pudor o sus importantes funciones, no dejaba de proferir palabras de bienvenida inmodestas.

Esta tendencia a la mistificación que todo el mundo destacará en Maupassant, la consignará él mismo en sus relatos. Recordemos al tío Savon, inmortalizado en *l'Heritage*. No hay broma que no se le gaste en la calle Royales: aceite vertido en el secante de su tintero, pólvora mezclada con el tabaco, drogas introducidas en la garrafa del agua, silla cuyo pie se ha serrado previamente.

Felizmente había otras ocupaciones más serias y el año 1876 vio aparecer sucesivamente, bajo la firma de Guy de Valmont, *Le donneur d'eau bénite* y *Coco, coco, coco frais*, publicados ambos en *La Mosaïque*.

En 1887, esta publicación entregaba también *Le mariage du lieutenant Laré*³⁴. De vez en cuando, después de un tan sonado éxito, Guy de Maupassant solicitaba un permiso.

París, 18 de julio de 1876.

Sr. Director,

Asuntos familiares me reclaman y tengo el honor de solicitar la autorización para ausentarme durante un mes, a comenzar desde el 1 de agosto de este año.

Estoy desde hace cuatro años en el ministerio de Marina y todavía no he disfrutado de ningún permiso.

Me atrevo a esperar, Sr. Director, que tenga a bien acoger favorablemente mi petición.

Con profundo respeto, soy, Sr. Director, su muy obediente servidor.

GUY DE MAUPASSANT

Funcionario de 4ª clase en la Dirección de Material.
Negociado de los aprovisionamiento generales.³⁵

Una complaciente apostilla de M. L.... decidía al Director del Material, Sr. Sabatier, a pedir, mediante un informe en todo punto favorable, conceder un mes de vacaciones (del 1 de agosto al 1 de septiembre) al postulante, y el ministro, almirante Fourichón, firmó el permiso.

Pequeño éxito, indicando sin embargo muy claramente que Maupassant tenía el «viento de popa», por emplear una expresión marina.

Enardecido, se obstina en reclamar un nuevo adelanto. Él, que tan solícitamente ha caricaturizado en *l'Heritage* y en *En famille*, esta tensión constante, insólita, del espíritu burocrático, no vacila en hacerse recomendar directamente en su objetivo ante al almirante Fourichon, el cual, además, ya se había comprometido en su nombramiento. El original de la petición ha desaparecido pero se conservan alusiones en las siguientes notas:

DIRECCION
CONTABILIDAD GENERAL
NEGOCIADO DEL SERVICIO INTERIOR

³⁴ Ed. Conard, tomo I.

³⁵ Archivos del Ministerio de la Marina.

París, 22 de diciembre de 1876.

Nota para la Dirección del Material.

El ministro acaba de remitirme la carta adjunta del Sr. Coronel de la Salle que le recomienda al Sr. Guy de Maupassant, funcionario de 4ª clase en la Administración Central.

Este funcionario, estando integrado en la Dirección del Material, pertenece a mi colega considerar el proceder a seguir en cuanto a esta recomendación y tomar las órdenes del ministro al respecto.

El Consejero de Estado,
Director de la Contabilidad General

Siguiendo la jerarquía reglamentaria, el Director de la Contabilidad transmite la petición apoyándola:

GABINETE DEL DIRECTOR
París, 24 de diciembre de 1876.

Nota para el ministro.

El SR. Consejero de Estado, Director de la Contabilidad General, me ha transmitido la carta adjunta del Sr. coronel de la Salle, que recomienda a Su Excelencia, el Sr. Guy de Maupassant, funcionario de 4ª clase en la administración central (negociado de aprovisionamiento generales, dirección del material.)

El Sr. Guy de Maupassant es un empleado del que estoy satisfecho y mi intención es proponerle para el grado de funcionario de 3ª Clase, con un sueldo anual de 2100 francos.

La mejora fue aprobada, pero quizá por haber tenido que esperar, Maupassant no exhala menos su despecho en *les Dimanches d'un bourgeois de París*, donde constata que un empleado del ministerio, Sr. Patissot, «no ganaba más de 1800 francos», a pesar de varios años de buenos y leales servicios.

M.L.... sin embargo había hecho lo posible para hacerle obtener ese relevo con prontitud y, en sus notas de fin de año (24 de noviembre de 1876), volviendo a la carga, anotaba:

El Sr. de Maupassant gana desde hace tres años 1800 francos. Es necesario no dejarle por más tiempo con un sueldo tan escaso. Solicito pues para él un adelanto que elevaría sus emolumentos a 2100 francos.

Una ligera variante sin embargo respecto a las otras apreciaciones. La capacidad no es más que «bastante satisfactoria» y la salud, de «buena» ha pasado a ser «bastante delicada a pesar de una apariencia robusta».

¿M. L., objetivo especial de los exabruptos del escritor, ¿comenzaba a sospechar que ya comenzaba a germinar una serpiente en su seno? O bien, siendo un espíritu estrictamente tradicionalista, mantenía en afirmar que la gloria literaria no le deslumbraba, y que un autor aclamado en los cenáculos de los bulevares es precisamente lo que se necesita para redactar con propiedad los asuntos administrativos?

Si la salud de Maupassant no es más que un jarrón roto de donde la vida y la razón se van escapando gota a gota, el encanto que lo relacionaba con sus colegas y sus jefes también estuvo a punto de romperse.

El gentleman de las letras y fantasioso remero no se toma la molestia en disimular que es incapaz de adaptarse a las cualidades del orden y del método, digamos en una palabra, al automatismo de sus compañeros.

Muy pronto ridiculizará estas cualidades.

El señor Caraván llevó siempre la vida rutinaria de los burócratas. Todas las mañanas desde hacía treinta años marchaba indefectiblemente a su despacho por el mismo camino, y se tropezaba, a la misma hora y en los mismos lugares, con las mismas caras de hombres que se dirigían a sus negocios y por idéntico camino regresaba todas las tardes, encontrando rostros idénticos, que iba viendo envejecer.³⁶

Nadie estimará que tales hábitos tuviesen en sí nada de malo, ni siquiera de absurdo; pero todos convendrán que el cuadro está bien bosquejado. Sin embargo el despiadado cronista anota minuciosamente que el funcionario principal Caravan compra su periódico diario en el rincón de barrio Saint Honore, que, casado con la hija sin dote de un colega, tiene a su esposa al corriente de todos los detalles del despacho y se muestra enemigo de las novedades, reaccionario sin partido determinado.

Una tal monotonía de la existencia produce crispación en Maupassant, y cuando Calchelin habla con admiración del gran porvenir que espera a su jefe, el puntual Lesable, Maupassant lo interrumpe por el apuesto Maze:

¡Bueno para los que juzgan el ministerio una carrera! Para los demás ¡eso es poco!³⁷

En estas circunstancias, Maze, al que en otros pasajes el satirista acribillará a epigramas, es el doble de Hector de Gribelin,, pues Maupassant no solamente trata de hacerlo pasar por un gentilhomme racial, sino también por un guapo mozo.

§

Con todas sus fuerzas, deseoso de desprenderse de la rutina administrativa, sea cual sea el tema tratado, exige el aniquilamiento de esa personalidad. Este anonimato es irreconciliable con el talento propio del escolar antaño independiente a pesar de su pasividad por las ordenes.

Un informe bien hecho es siempre apreciado, pero su redactor tropieza demasiado a menudo con unas contingencias que lo paralizan. Es lo que el Sr. André Moufflet, gramático consumado y psicólogo avezado, ha explicado muy bien en un estudio dedicado al tema:

El escritor, dice, se confía al público, deja ver su yo, se fabrica un estilo. El administrador se disimula en la loable preocupación de afirmarse imparcial, pero se equivoca... pues si el *pensamiento* administrativo debe permanecer impersonal, el *estilo* administrativo no lo puede ser por completo. Si los funcionarios no gozan de buena prensa, los humoristas han contribuido un poco a ello. Algunos relatos de Maupassant (*L'Heritage* entre otros, que se desarrolla en el Ministerio de la Marine), *Monsieur Badin* y el famoso *Messieurs les Ronds-de-Cuir*, de Courteline, han popularizado unos tipos de burócratas que, para el público, resumen la

³⁶ *En famille*

³⁷ *L'Heritage*.

administración, al aficionado, al solemne, el embrutecido, y se evoca enseguida a Labrier, la Hourmerie, Torchebeuf y al tío Soupe... Ustedes creen encontrar un hombre y se encuentran una máquina que aplica circulares; uno desea una decisión inspirándose en las contingencias, adaptada a tal o cual asunto determinado, a la vida, obteniéndose una prosa neutra, mecánica, que, hecha para todos los casos, no conviene exactamente a ninguno de ellos, como esos trajes de confección *pret a porter* hechos para todo el mundo que no sientan bien a nadie³⁸

Maupassant solo quería ponerse trajes confeccionados por sí mismo y a su medida.

El éxito obtenido por algunos relatos que Flaubert le había permitido publicar tras las correcciones de una despiadada censura, le permitía esta esperanza. Contaba con realizarla después de la nueva cura de reposo de dos meses que le concedían sus jefes, yendo a Loèche, cuyas aguas, como se sabe, convienen particularmente a los artríticos, reumáticos y neuróticos. Allí llegó a finales de julio de 1877 y nos contó la impresión causada por esa estancia, de donde extrajo el tema de su relato *Aux Eaux*, bajo forma de un diario redactado por el marqués de Roseveyre³⁹

12 de junio de 1880.- ¡A Loèche! ¡Quieren que vaya a pasar un mes a Loèche! ¡Socorro! Un mes en esa ciudad que se considera de las más triste, la más muerta, ¡el más aburrido de los balnearios! ¡Qué digo una ciudad? Es un agujero, ¡apenas un villorio! Se me condena a un mes de baños.

En el último momento, para engañar su aburrimientos, el marqués de Roseveyre lleva con él a una primer premio del Conservatorio, Berthe, de 20 años de edad, a la que hará pasar por su legítima esposa. La impresión cambia de inmediato.

26 de junio.- Loèche no es tan triste. No, es salvaje, pero muy bonita. Todo esto me seduce y me encanta. Tal vez ... si Berthe no estuviese aquí...

Roseveyre no está muy delicado, se le ve en sus proceder mundanos; también su animador, Maupassant, no se muestra más ecléctico para la elección de sus relaciones.

Viviendo entonces en el número 17 de la calle Clauzel, venía a ser más o menos el único inquilino de apariencia seria en esa casa en la que habitaban putas en su mayoría. El viernes, Céard, Emile Zola, Paul Alexis, Hennique y Huysmans, se reunían en su casa y en ocasiones, al final de la velada, no hacía ascos en hacer entrar a sus vecinas cuando estas regresaban de su trabajo⁴⁰

Los señores Léon Deffoux y Emile Zavei, que nos han recordado esta anécdota, añaden que sus compañeros del ministerio de la Marina conservaban de él el recuerdo de un hombre «correcto, deferente y tímido».

Carácter amargo y desencantado, completaron aquellos que lo habían conocido en la calle Royale. Según todos esos testimonios, parece que nos encontramos en presencia de alguien que busca su camino, sufre en un medio donde sus aspiraciones se ven forzosamente obstaculizadas, se esfuerza en mantener una corrección superficial, atemperada por bruscos accesos de alegría o de negra melancolía.

Se le reprochaba ser distante. Tal vez sencillamente se mostrase taciturno por espíritu de observación.

³⁸ André Moufflet: *Du style administratif* (*Revue maritime*, abril 1923)

³⁹

⁴⁰ Léon Deffoux y Emile Zavei: *Guy de Maupassant, romancier de soi-même* (1918)

Ya he hablado de esta cualidad característica y, en el prólogo de *Pierre et Jean*, resumió el método de Flaubert a este respecto, método que fue igualmente el suyo:

Se trata de mirar todo lo que se quiere expresar durante tiempo y con bastante atención para descubrir en ello un aspecto que no haya sido visto ni dicho por nadie. Hay en todo algo de inexplorado porque no estamos acostumbrados a servirnos de nuestros ojos más que con el recuerdo de lo que se ha pensado antes que nosotros sobre lo que contemplamos. La menor cosa contiene algo de desconocido⁴¹

Esta agudeza visual, ya la había observado Zola y, incluso en vida del creador de *Boule-de-Suif* lo había puesto de manifiesto.

Conocí a Maupassant en casa de Flaubert, escribió. Ocurrió en 1874. Apenas era un colegial recién titulado, nadie lo había percibido en nuestro rincón literario.

Tras haber constatado que iba cada semana a someter sus trabajos al maestro y que este le hacía corregir severamente las frases de dudosa sonoridad, Zola añade:

Desde que llegábamos, él se apartaba modestamente, hablaba poco, escuchaba con aire inteligente de un joven que siente los riñones sólidos y que toma notas⁴²

Evidentemente, este modo de *despellejar* así a sus contemporáneos podía disgustar a muchos. Nadie se resigna fácilmente a representar el papel de un cobaya de laboratorio, y se sabe que la benevolencia no está generalmente en la base del espíritu de observación del prójimo...

Una tradición, muy arraigada en la calle Royale, quiere que sus colegas se hubiesen encabritado ante el objetivo. Se ha dicho que, mediante un acuerdo tácito, habían puesto al operador en cuarentena, inmediatamente después de la publicación de los cuentos en los que Tourchebeuv, Lesable, Caravan, Cachelin, habían sido sentados en el banquillo.

Pero no es más que una leyenda. Maupassant esperó a conquistar su libertad para denigrar a los que él llama sus antiguos compañeros de cadena.

Aquellos lo mantenían al margen – sin más – porque al no faltar nunca a las estrictas reglas de la corrección, comenzaba a dar muestras ante todos de unos aires de superioridad muy desagradables.

En cuanto a los cuentos donde él los vilipendia y los arrastra por el lodo del ridículo, son posteriores a su salida del ministerio. *L'Heritage* apareció en *la Vie militaire*, en marzo y abril de 1884⁴³, *En Famille* en la *Nouvelle Revue* del 15 de febrero de 1881, y Maupassant había sido liberado de la Marina en 1879.

Que hubiesen sido redactados sobre la mesa del despacho 392 y sobre papel con membrete oficial, es muy probable, pero aunque sus colegas sospechasen, estaban inclinados a ignorarlo.

Las reflexiones descorteses que a veces se permitía en voz alta a su encuentro los ponía a todos al menos en guardia, y no pudiendo hacer nada, le mostraban tímidamente cierta suspicacia.

⁴¹ Ed. Conard, tomo XIX (septiembre 1887)

⁴² Emile Zola: *Une campagne* (1882)

⁴³ Un primer esbozo, bajo el título *Un million*, fue publicado en el *Gil Blas* del 2 de noviembre de 1882, bajo el pseudónimo de Maufrigneuse.

A los sumo exhalará su bilis por mediación de Flaubert, que hará de Bouvard el copista de una casa de Comercio y de Pécuchet un empleado del ministerio de la Marina. «La monotonía del despacho se les hacía odiosa. Continuamente el raspador y el secante, el mismo tintero, las mismas plumas y ¡los mismos compañeros! Juzgándolos estúpidos se les marginaba cada vez más. Eso les valió varias bromas. Llegaban todos los días después de la hora y recibieron amonestaciones.⁴⁴»

§

Justo retorno a los asuntos terrenos y al triste rencor de la celebridad. Maupassant, que no teme revelar todos las pequeñas miserias de sus compañeros, no sería más respetado posteriormente por algunos de sus propios admiradores.

Se le encuentra una madre muy exaltada, un padre raro, un hermano loco. Incluso se dedicó toda una obra a su enfermedad. Aunque sea más bien la especialidad de los médicos ver por todas partes indicios mórbidos, constatemos sin embargo que su evolución física no escapa a la perspicacia de su jefe jerárquico, del que antes ya reproduce la observación. El 4 de diciembre de 1877, insiste todavía:

Salud bastante mala, a pesar de una apariencia robusta.

Y subraya:

Empleado inteligente y que un día podría ser muy útil cuando se haya familiarizado con los entresijos del servicio. Pero es flojo, sin energía, y temo que sus gustos y aptitudes lo alejen de los trabajos administrativos.⁴⁵

Flaubert no dejaba desprotegido a su discípulo a juzgar por la siguiente carta que está fechada en Croisset, la noche del 31 de diciembre de 1877.

Por lo que he podido deducir de tu última carta, no has sido todavía nombrado. ¿Cuándo será? ¿Quizá quieran someterte a prueba? Pero si has visto a todos los directores, el asunto se llevará a cabo⁴⁶

Si el gran estribor tenía un visible interés en su pupilo, hay que reconocer que, por su parte, el discípulo no perdía ocasión alguna para actuar sobre el espíritu del maestro.

El 23 de enero 1878, la Sra. de Maupassant escribía a su ilustre amigo:

Puesto que llamas a Guy hijo adoptivo, tu me perdonarás, mi querido Gustave, si te hablo con sinceridad de este muchacho. La declaración de ternura que le has hecho ante mí, ha sido tan dulce que la he tomado al pie de la letra, y me imagino que te ha impuesto unos deberes casi paternos. Sé además que estás al corriente de las cosas, y que el pobre empleado del ministerio te ha confesado todas sus penas. Tú te has mostrado excelente, como siempre, lo has consolado, animado, y el espera hoy, gracias a tus buenas palabras, que está próxima la hora en la que podrá dejar su prisión y decir adiós al amable jefe que guarda la puerta.⁴⁷

⁴⁴ Obras completas de Gustave Flaubert (ed. Conard, tomo VII)

⁴⁵ Archivos del Ministerio de la Marina.

⁴⁶

⁴⁷

Con toda seguridad la crisis se precipitaba y las relaciones se hacían cada vez más tensas en la calle Royale. He aquí una carta dirigida a Flaubert, en la que Maupassant expresa su congoja:

MINISTERIO DE LA MARINA Y DE LAS COLONIAS
París, 5 de julio de 1878

...Añada también que mi ministerio me enerva, que no puedo trabajar, que tengo el espíritu estéril y fatigado por las sumas que tengo que hacer de la mañana a la noche, y que me vienen por momentos unas percepciones tan claras de inutilidad de todo, de la maldad inconsciente de la creación, de la vida futura (sea cual sea), que me invade un sentimiento de triste indiferencia por todas las cosas y que quisiera tan solo quedar tranquilo, tranquilo en un rincón, sin esperanzas y sin problemas.

Vivo completamente solo porque los demás me aburren; y me aburro yo mismo porque no puedo trabajar. Encuentro mis ideas mediocres y monótonas, y estoy tan cansado de espíritu que ni incluso puedo expresarlas. Cometo menos errores en mis sumas, lo que prueba que soy muy bobo...

Digo cada noche, como san Antonio: « Todavía un día, un día pasado. » - Me parecen largos, largos y tristes; entre un colega imbécil y un jefe que me reprende. No digo nada al primero; no respondo al segundo. Ambos me desprecian un poco y me consideran mediocre, eso me consuela.⁴⁸

Flaubert le regaña afectuosamente por esa pereza de espíritu:

Croisset, 15 de agosto de 1878.

Escúcheme bien jovencito. Hay que trabajar más de lo que lo hace. Sospecho que eres ligeramente perezoso. ¡Demasiadas putas! ¡demasiado remo! ¡demasiado ejercicio! sí, señor! El civilizado no necesita de tanta locomoción como pretenden los médicos⁴⁹...

Maupassant se defendía culpando su lasitud de la fatiga causada por su labor cotidiana:

París, 21 de agosto de 1878.

... Después de siete horas de trabajos administrativos, no puedo ya relajarme lo suficiente para rechazar todas las cargas que debilitan mi espíritu⁵⁰

Los trabajos quizá no fuesen tan absorbentes como insinuaba el funcionario Guy de Maupassant, pero la tensión con sus colegas se encaminaba hacia el drama. Aquellos acababan de desembarazarse de él haciéndole destinar al servicio de la Contabilidad y los Presupuestos, y sabida es la aversión que testimoniaba por las cifras.

Flaubert fue una vez más su confidente:

París, miércoles.

...Mi jefe, por la única razón de fastidiarme sin duda, acaba de asignarme el más horrible servicio del despacho, servicio que realizaba muy bien un viejo

⁴⁸ Ed, Conard, tomo I

⁴⁹ *Obras completas de Gustave Flaubert* (ed. Conard, tomo IV)

⁵⁰ Ed, Conard, tomo I.

empleado embrutecido. Se trata de la preparación de los presupuestos y las cuentas de la liquidación de los puertos: cifras, nada más que cifras; además, me encuentro tan cerca de él que me imposibilita trabajar para mí, incluso durante la hora de descanso; eso es, creo, lo que está esperando.

Es una idea bastante ingenua que M. L... no hubiese sabido, en cualquier caso, según lo que se sabe de testimonios contemporáneos y numerosos papeles, la utilización del papel membretado del ministerio de la Marina por parte del escritor durante sus horas de ocio.

¿Es en ese momento cuando tuvo lugar la disputa descrita en *L'Heritage*?

El Sr. Lesable interpela a su colega: «Sr. Maze, yo no soy como usted, ni un presumido ni un gran fatuo. Le ruego que a partir de ahora nunca me dirija la palabra. Yo no me preocupo ni de usted, ni de los que se le parecen.»

Se puede suponer que Maupassant, enfermo inconsciente, pero irritable, no se inhibía ya con su protector y le contaba con exageración su impresión del momento, llevada a extremos sombríos. Sin duda incluso esperaba, describiéndole ese lamentable cuadro, ablandarle para que este acometiese un proyecto acariciado desde hacía tiempo: trasladarse al ministerio de la Instrucción Pública, cuyo ministro, Bardoux, era íntimo amigo de Flaubert.

El 2 de noviembre de 1878, Flaubert enviaba esta triunfante nota al reclacitrante redactor:

Caroline me ha escrito desde París, el domingo pasado, estas líneas que te transmito: «El Sr. Bardoux me dijo que solicitaría el traslado de Guy personalmente en un futuro muy próximo⁵¹»

Tan solo había una formalidad que cumplimentar: proceder al intercambio administrativo sin pasar por las formalidades de rigor. Maupassant, bien por cortesía, bien para gozar de la decepción de su jefe, creyó deber anunciar él mismo a M. L... que cambiaba de ministerio. El otro respondió:

– Señor, sus procedimientos son incalificables. Deja usted esta casa sin haber hecho transmitir su petición por el conducto reglamentario. No permitiré que...

– ¡Oh! Señor, usted nada tiene que permitir... Este asunto se lleva entre ministros, muy por encima de usted.

Y contemplando al viejo profesional tradicionalista desmoronado, salió con una socarrona reverencia.

Cuando Maupassant hubo alcanzado la celebridad, M. L... no dejó de proclamar que él siempre había estimado y apreciado a su colaborador en su justa medida.

Se ha podido comprobar que esta protesta estaba bastante fundada. La última nota confidencial que él redacta a su respecto lo conforma ampliamente.

Tras haber calificado de buenas su conducta, su moralidad y su compostura, constata simplemente que la salud es «bastante mala», aunque la manera de servir sea «bastante satisfactoria». En cuanto a la apreciación sobre el valor general, es en suma lo que debe ser, teniendo en cuenta el modo en que los dos hombres se despedían. El jefe de negociado se inhibe:

Habiendo presentado su dimisión de empleado de la Marina, para ser trasladado al Ministerio de Instrucción Pública, considero que no es útil dar a conocer mi juicio sobre la manera de servir del Sr. Guy de Maupassant.⁵²

⁵¹ *Obras completas de Gustave Flaubert* (ed. Conard, tomo IV)

⁵² Archivos del Ministerio de la Marina.

Esta nota es del 19 de diciembre de 1878.

El 4 de enero de 1879, había finalizado su situación administrativa en la calle Royale.

París, 4 de enero de 1879

DIRECCIÓN: MATERIAL. DESPACHO: Gabinete del director

ASUNTO:

Dimisión del Sr. Guy de Maupassant, funcionario de 3ª clase de la administración central de la Marina

Informe al Ministro.

El Señor Ministro de Instrucción Pública ha solicitado recientemente a Su Excelencia tenga a bien trasladar a su Gabinete al Sr. Guy de Maupassant, funcionario de 3ª clase de la Administración central, empleado en la dirección del material. S.E. ha informado a su colega que le era imposible acoger favorablemente su petición.

El Sr. Guy de Maupassant, deseoso de ocupar la plaza que le está reservada en el Gabinete del Sr. Bardoux, me dirige, mediante la carta adjunta, su dimisión como funcionario de la administración central de la Marina.

Tengo el honor de rogar a S.E. tenga a bien aceptar esta dimisión a contar desde el 18 de diciembre pasado⁵³

El ministro lo aprueba y es curioso destacar que en esa fecha la cartera ministerial estaba detentada de nuevo por el almirante Pothuau, el mismo que había acogido siete años antes al modesto bachiller provinciano que había llegado a París buscando fortuna y en vísperas de encontrarla.

Maupassant, exultante, fue a anunciar su nombramiento al Sr. Henri Roujon, entonces vinculado al negociado de la enseñanza primaria en el Ministerio de Instrucción Pública. Los amigos compartieron su alegría bailando alrededor de un pupitre elevado para la ocasión a la dignidad de altar de la amistad; alabaron sin reservas a Bardoux, ministro competente y protector de las letras, y terminaron la danza con una espantosa andanada de insultos dirigidos a los antiguos jefes de la Marina⁵⁴,

Su nuevo ministro lo destinó al primer despacho del Gabinete y lo tomó como secretario. Sería interesante encontrar las minutas manuscritas de los informes que redactaba en ese época donde la trepidante máquina de escribir todavía no había sustituido su maquinaria anónima por el esfuerzo personal del hombre.

La vista se extendía sobre un bonito jardín triste de plantas gigantes, y ya no sobre patios interiores como en la calle Royale⁵⁵. Además Henry Roujon, Xavier Charmes, Leor Dierx, René Billote, le procuraban una agradable compañía.

Como una alegría nunca viene sola, el 19 de febrero de 1879, el Gymnase representaba *l'Histoire du Vieux temps*, comedia en un acto y en verso.

Al año siguiente, Gustave Flaubert por fin aprobaba la publicación de *Boule-de-Suif* y el éxito prodigioso de este relato clasificaba de inmediato al autor.

⁵³ *Ibid.*

⁵⁴ Henri Roujon, *op. Cit.*

⁵⁵ «desde mi oficina se descubría un pedacito de cielo surcado por las golondrinas, y me entraban unas ganas locas de ponerme a bailar entre mis legajos. A tal punto llegaron mis ansias de libertad, que, a pesar de mi repugnancia, fui a presentarme a mi principal. Era un hombrecillo gruñón, que siempre estaba de malas pulgas. Me hice el enfermo. El me miró desconfiado, y gritó: -No le creo ni una palabra; pero, en fin, lárguese. ¿Pensarán que puede marchar un negociado con empleados de esta calaña? Eché a andar y me vine al Sena...» (AU PRINTEMPS.)

Dos meses más tarde, el 8 de mayo de 1880, el ilustre maestro se apagaba, con el consuelo de ver a su alumno caminando hacia la gloria.

Algún tiempo después, gracias a Jules Ferry, sustituto de Bardoux, y a su jefe de Gabinete Alfred Rambaud, Guy de Maupassant obtenía un permiso de un año, renovable⁵⁶. Siempre prudente, no quería abandonar el abrigo tutelar de la administración sin estar seguro de haber consolidado su posición en las letras.

Maupassant pertenecía ahora al gran público y no lo seguiremos aquí en su excelente carrera.

Constatemos sin embargo que el complaciente historiógrafo de Hector de Gribelin retoma una vez más su pluma más simpática para describirnos, no ya un «preso de la marina», sino a un vivaracho secretario de ministro.

Un tal Sr. Sacrement que deseaba ser condecorado sin conseguirlo.

Entonces se decidió a realizar gestiones personales. Solicitó una audiencia con el ministro de Instrucción Pública, y fue recibido por un subordinado del Gabinete, muy joven y ya grave, incluso importante, y que tocaba, como si de un piano se tratase, una serie de pequeños botones blancos para llamar a los ujieres y a los sirvientes de las antecámaras, así como a los empleados subalternos. Afirmó al solicitante que su asunto estaba tramitándose por buen camino y le aconsejó continuar sus notables trabajos⁵⁷

§

El caso de Maupassant evadiéndose del funcionariado, considerado como esclavo público para refugiarse en la literatura considerada como puerto de libertad, lo que es por otra parte un error, pues no hace más que cambiar de arnés, es extremadamente frecuente.

Casi todos nuestros autores, incluso y sobre todo los más reputados, han seguido este proceso, y muchos han conciliado toda su vida ambas profesiones, para mayor seguridad en primer lugar y también porque no tienen nada de incompatibles, ni en cuanto a dignidad personal ni en cuanto a la naturaleza de la ocupación.

Racine era inspector de Impuestos y obtenía de este empleo el mayor de sus ingresos; Corneille había sucedido a su padre en su cargo en Aguas y Bosques; La Fontaine igualmente presidía –testimonialmente al menos, pues sus detractores siempre le reprocharon no saber distinguir un roble de un olmo – la tala y la venta de los árboles de Su Majestad.

En el siglo XIX y en XX, el 99% de los que han hecho gemir las prensas o ensillado a Pegaso emergieron de los despachos de los ministerios o del Ayuntamiento de la Ciudad. Para abordar la temible carrera literaria sin tener asegurados detrás unos recursos, hay que ser muy rico y los multimillonarios tienen generalmente otras preocupaciones – sino otras vanidades – en la cabeza.

Los no afortunados, que intentan la escalada al Olimpo se arriesgan a caer en la marginalidad, y los padres de familias tienen un horror instintivo, muy razonable en suma, a las Musas. Alexandre Dumas observó en alguna parte que, desde que el mundo es mundo, un único padre educó a su retoño para ser poeta, y ese poeta se llamó Chapelain.

⁵⁶ Edouard Maynial: *La vie et l'oeuvre de Guy de Maupassant* (1906)

⁵⁷ *Décoré!* (E. Conard. Tomo IX). Aparecido por primera vez en el *Gil Blas* del 13 de noviembre de 1883, bajo la firma Maufrigneuse. Se sabe que Maupassant rechazó constantemente la Legión de honor. Bardoux le entregó las palmas y él las llevó una sola vez en una velada ministerial.

El caso de Maupassant no es pues raro, pero este agradable narrador mordió rabiosamente la teta de su nodriza, y eso es lo que constituye su originalidad, pues no vemos ningún otro escritor actuar del ese modo, excepto quizá Henry Monnier. Incluso Henry Monnier, creando la figura de Joseph Prudhomme, no apuntó más que a uno solo de sus jefes de negociado que le había flanqueado la puerta irreverentemente ante la Sra. Prudhomme. Pero las flechas que arroja no son venenosas y no hieren más que a flor de piel.

Los desdichados funcionarios de la Marina que Maupassant, con una elocuencia endiablada y un talento indiscutible, echa como pasto a la malignidad de sus contemporáneos y de la posteridad, tienen sin embargo algo bueno, a pesar de su estrechez de espíritu, sus parcas ambiciones y las mediocres inteligencias que él les achaca despiadadamente de las que algunos – no todos – pueden estar afectados.

La abnegación anónima a la función pública por la que se mantienen las naciones, el celo a acometer tareas oscuras y mediocrementemente retribuidas, la dignidad penosamente salvaguardada, una vida entera pasada al servicio del país con la esperanza, a menudo frustrada, de un extremo de cinta roja como reconocimiento a toda una carrera, todo lo que representan unas cualidades de primer orden cuyo conjunto constituye una de nuestras principales fuerzas nacionales.

Este servicio voluntario merece al menos algún respeto y es irritante que el alumno de Flaubert no haya visto en él más que su aspecto ridículo.

Además, los funcionarios no son rencorosos y eso supone igualmente otra cualidad. Los más directamente descritos por Maupassant no acusaron los golpes, y eso es una prueba de buen gusto. Los demás han querido participar en la gloria de uno de ellos. A sus instancias, una placa de mármol cincelada en 1923, señala en lo sucesivo a las nuevas generaciones, el despacho 392 de la calle Royale, donde durante varios años, el eminente escritor se dedicó a escribir.

Como indicaba Alphonse Allais descifrando inscripciones funerarias: «Decididamente es en los cementerios donde se encuentran las mejores parejas.»

MARTIAL DE PRADEL DE LAMASE.

Publicado en *Le Mercure de France* el 1 de septiembre de 1928.

Traducción de José Manuel Ramos González

Para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>